

LA ZARABANDA
GARCÍA MARTÍNEZ

¿Qué tendrá Feijóo para no querer picar!

Y eso que, pensando en político, el anzuelo es de lo más apetecible



Te lo echas a la cara y, desde luego, luce una buena figura.

—¿Mejor que la de Pedro?

No empezemos, por favor. ¿Es que siempre vamos a esta mo- jando en el mismo guiso? ¿No dijo quien lo dijera, hace ya siglos, que las comparaciones son odiosas? Lo sean o no (que eso también estaría por ver) no podemos pasarnos la vida encen- diendo trifulcas. Es algo muy poco rentable. Produce desgastes que luego se pagan en forma de desgobierno y bla-bla-bla. Si ellos pierden el tiempo en polémicas superficiales (su tiempo es también el nuestro, pues somos nosotros quienes les pagamos), eso nos termina dañando a todos.

Acerca de Feijóo, todo el mundo dice que sería un buen presi- dente. Pero no ya de su auton- mía allá en Galicia, que lo es, sino de España. Lo reconocen también, pero en voz baja, quie- nes militan y ejercen jefaturas en otros partidos. El gallego no tiene una palabra más alta que otra. Habla suave que me estás matando, pero exhibe un dis- curso con enjundia. Y un dato

más a su favor: en su tierra es un triunfador indiscutible. Tan- to que no hay dios que lo saque del hórreo.

Todos nos preguntamos por qué el pez gordo que es Feijóo se niega a picar en el anzuelo de gobernar el país. El amor a su tierra no es incompatible con el amor a España. Es verdad que allá arriba tiene al con- tribuyente en el bolsillo. Y son más los gozos que las sombras. No hay rivales con los que batallar. Está en su salsa. Y luego que, a la puerta misma de su vivienda, los percebes están muy bien de precio.

—A lo mejor tiene miedo de no ganar.

Lo dudo mucho. Feijóo ya ha navegado por las aguas comi- ciales y sabe de qué va el tema. Quizás le tire tanto el terruño, las meigas y los grelos, que no habrá modo humano de sacarlo de allí. De aquí a las eleccio- nes queda todavía tiempo. Pero yo tengo la sensación de que va a seguir en sus trece. Y lo sien- to por Casado, que se alegraría lo indecible si pudiera domici- liar en Moncloa a su prestigio- so amigo.

EN DIAGONAL
ROSA BELMONTE

¿Eres poeta?



Hace todos los días Alsi- na (bueno, ahora está de vacaciones) una coña mientras Rafa Latorre analiza la prensa. Un 'running gag', un chiste recurrente, pero variando la cursilada que se dice cada mañana. A ver. «¿Qué otras arenas informati- vas arrasan la tormenta diaria de la actualidad?». «¿Qué otros condimentos informativos añades al menú de la actuali- dad?». O «¿qué otras reses in- formativas corren hoy por la estafeta de la actualidad?». Y tontadas semejantes. Pero, es-

pera, que llega Pablo Casado y suelta esto: «Sánchez aceptó ser el mascarón de proa en el buque pirata de la antipolítica, una embarcación en la que el nacionalismo lleva el timón y a la que Podemos hincha las velas. Pero ahora es un barco fantasma a la deriva, esperando la próxima tormenta electoral que lo desfondará». No solo lo dice en serio con un Gredos brumoso de fondo, sino que lo tuitea. Porque le parecerá bien. Molón. Pero si es como «¿Eres poeta? Súbete la bragüeta».

TIRANDO A DAR
ANA MARÍA TOMÁS

Uno de siete: soberbia

Les aseguro que estamos rodeados de personas que se creen el ombligo del mundo, el centro del universo



Podría decirse que la muerte y la playa nos igualan a todos los seres humanos. La primera, porque por mucha diferencia de boato existente en el entierro, al final todos acabamos 'pareciendo' llevar el mismo equipaje. Falsa impresión, porque solo puedes llevarte el amor que has dado o recibido. Y eso no es igual en todos los casos. La segunda, porque al estar todos casi desnudos, las diferencias sociales y los 'trajes' que nos definen quedan diluidos en una masa perfecta o infame de carnes. Lo cual tampoco es cierto: basta abrir la boca para que resulte extremadamente fácil clasificarnos.

Me explico. Estaban a un esca- so metro de mí en unas sombrillas adyacentes a la mía. Era domingo en la playa, así que sobra decir el mantra ese de la distancia de seguridad. Lo sé y lo he confesado cuantas veces ha sido necesario: soy una antena vampira. Salgo a la calle, siempre, a la caza y captura de palabras o expresiones de sentimientos que permitan hacer volar a mi imaginación. Aunque, les aseguro, la realidad siempre me supera. Así que, sí, puse el oído en cuanto vi el pampaneo: una pareja joven y los padres respectivos de ambos. La parejita se entregó a los arrumacos en el agua y los mayores se quedaron montando el chiringuito dominguero. Bueno, los mayores no, solo uno de los ma- trimonios. Mientras, el otro les inoculaba sin compasión una sobre- dosis de prepotencia y soberbia digna de mencionar en una colum- na dedicada, precisamente, a ese pecado capital. Sentí pena por la humildad con que se expresaba el hombrecito que se afanaba en com-

placer al otro sin demostrar sen- tirse herido por la arrogancia que mostraba el petulante, quien, cada vez que abría la boca, me hacía sentir —además de vergüenza ajena— que subía el pan. Quizá fui más sensible a ello porque recordé que hace años, en una etapa de mi vida en la que gestionaba que escritores consagrados vinieran a nuestra ciudad a debatir sus obras con los lectores murcianos, uno de ellos, tras zafarse de una admiradora que pretendía felicitarlo y hacerse una foto con él, realizó sobre sus segui- doras un comentario tan hiriente... que sentí una repugnancia difícil de disimular.

El cantante Justin Bieber le arreó un puñetazo a un rendida fan que se acercó con el ánimo de tocarlo. Y les escupió, sin la menor muestra

de consideración, a otras. Maluma se burla, sin pudor alguno, en las redes sociales de cómo sus fans le buscan y le hacen fotos. Pedro Sán- chez no duda en repetir una y otra vez que él «como presidente...». Y como presidente no siente res- pecto alguno por quienes va dejando en el camino después de hacerle el trabajo sucio. Pero no pensemos que hay que llegar a ser un famo- so cantante, actor, escritor, políti- co, empresario, jerarca religioso, etc., para permitirse el lujo de escupir al mundo su altanería. No. Les aseguro que estamos rodea- dos de personas soberbias que se creen el ombligo del mundo, el cen- tro del universo, que no dudan en caminar pisando cuellos para de- mostrarlo y que constituyen una auténtica pesadilla para quienes los rodean y los padecen con hu- mildad casi franciscana.

Soberbia. La soberbia no solo menosprecia a los otros, sino que impide reconocer y agradecer, cuando se está arriba, el esfuer- zo, el trabajo de cuantos te han ayudado a escalar. Y la soberbia ciega e impide calibrar las pro- pias mezquindades.

La verdad es que hasta que escuché la canción de un cantautor, llamado Luis Ramiro, no conse- guía verles nada positivo a quie- nes cometen el primero de los siete pecados capitales, pero des- pués de oírle que «Soberbia es ser más fuerte que la muerte si vas a mi lado», ya me planteo conside- rar que el pecado en sí esté dota- do de matices.

Pero, desde luego, a todos los tipos soberbios que he conocido en mi vida los mandaba sin miramien- to alguno a dorarse a fuego lento a las calderas de Pedro. El Botero, no el de la Moncloa.



MARTÍN OLMOS

CARTAS AL DIRECTOR

Misteriosa tolerancia

El nivel de la clase política —tan- to regional como nacional— ha alcanzado tal grado de denigración bajo la pandemia que no cabe otra alternativa que preguntarse por qué toleramos semejante situación. Es difícil entender por qué una sociedad que presume de haber alcanzado la madurez democrática, permite a parte de sus representantes servirse de ella para intereses particulares.

¿Por qué toleramos que quie- nes tienen el deber de adminis- trar serenamente el poder que

se les otorga para crisis como la actual sean los primeros en in- cumplir las reglas del juego e, in- cluso, la Carta Magna?

¿Por qué toleramos que, ape- nas alcanzan el poder, lo prime- ro que hacen es cubrirse de pri- vilegios y prebendas en cantida- des y volúmenes que jamás ob- tendrían desarrollando un tra- bajo en el sector privado?

¿Por qué cuando dilapidan el dinero del contribuyente jamás tienen responsabilidad alguna, ni civil ni penal?

¿Por qué les toleramos utilizar nuestros impuestos para favore-

cer a minorías que les permitirán de una manera desvergon- zada mantenerse en el poder todo el tiempo posible mediante re- des clientelares?

¿Por qué toleramos que nos manipulen de forma tan descar- rada, creando 'instituciones' que, lejos de cumplir un fin social, se convierten en máquinas de re- caudar votos?

¿Por qué toleramos que gen- tes con una formación tan defi- ciente que a duras penas logra- ría ser curritos en cualquier em- presa de cierto nivel —e incapaces de poner orden en sus pro-